

MONS. ESCRIVA DE BALAGUER, GRAN CANCELLER DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA

Los artículos que publicamos ahora son un inicio de otros que seguirán, glosando tantos aspectos de la vida de un hombre de Dios que tuvo por norma habitual de conducta —lo escribía en una carta familiar anticipando su quincuagésimo aniversario sacerdotal— «ocultarse y desaparecer».

La muerte repentina del Fundador del Opus Dei en aquel mediodía de junio ha sido la dolorosa confirmación de lo que tantas veces había enseñado: que nadie es necesario. En la conciencia clara de su humildad, más que como el realizador de una gran obra, se contemplaba como «un pecador que ama con toda su alma a Jesucristo», y se veía como un instrumento muchas veces deficiente, que había puesto obstáculos al Señor. Quienes lo han conocido han podido apreciar la profundidad de esa humildad que producía un vértigo hacia el amor divino. Monseñor Escrivá de Balaguer arrastraba hacia Dios con la palabra ardiente que en él era vida vivida sin concesión alguna al artificio.

Cuando los socios del Opus Dei que le rodeaban, agotados todos los recursos, perdieron toda la esperanza de que siguiera vi-

viendo, el cuerpo de Monseñor Escrivá de Balaguer fue trasladado al oratorio de Santa María de la Paz, en la misma sede central del Opus Dei en Roma, donde permaneció hasta su inhumación en la cripta del mismo oratorio. Don Alvaro del Portillo, entonces Secretario general y hoy segundo Presidente de la Asociación, celebró la primera y la última de las cincuenta y una misas que ininterrumpidamente se sucedieron en aquel oratorio hasta el entierro del Fundador.

Una lápida de mármol verde oscuro, con el sello del Opus Dei, las fechas de nacimiento y muerte de Mons. Escrivá de Balaguer, y las palabras EL PADRE, cubre el féretro donde reposa el cuerpo del Gran Canciller de la Universidad de Navarra.

Todo en la vida del gran sacerdote que fue Monseñor Escrivá de Balaguer parece inspirado en el consejo que escribió en 1934 en Consideraciones espirituales, primera versión de Camino: «No quieras ser como aquella veleta dorada del gran edificio: por mucho que brille y por alta que esté, no importa para la solidez de la obra.—Ojalá seas como un viejo sillar oculto en los cimientos, bajo tierra, donde nadie te vea: por tí no se derrumbará la casa». Quien desee hoy encontrar la explicación del camino espiritual que ha comprometido la vida de millares de personas de ochenta países, ha de bajar a esta cripta, donde la raíz, el sillar fundamental, cimenta para siempre el crecimiento y la unidad del Opus Dei.

Monseñor Escrivá de Balaguer y Albás —Doctor en Teología y en Derecho Civil, Doctor honoris causa por la Universidad de Zaragoza— nació en Barbastro, provincia de Huesca, el 9 de enero de 1902. Cursó la

licenciatura de Derecho en la Universidad de Zaragoza, al tiempo que realizaba los estudios sacerdotales en el Seminario de San Carlos y como alumno de la Universidad pontificia de aquella ciudad. En 1925 recibió la ordenación sacerdotal, y ejerció su ministerio en parroquias rurales y luego en los barrios pobres de Madrid y entre estudiantes universitarios.

El 2 de octubre de 1928 fundó el Opus Dei, al que su vida está tan indisolublemente unida, que hasta entonces no puede considerarse de otro modo que como una preparación para realizarlo; y a partir de esa fecha como la dedicación sin resquicio a un programa divino.

Desde 1946 Monseñor Escrivá de Balaguer residía en Roma, la ciudad en la que habita «el dulce Cristo en la tierra» —como le gustaba repetir con Santa Catalina de Siena—, al que tanto amaba.

En los últimos años el Fundador del Opus Dei había viajado por Europa y América en una intensa catequesis que encendió en muchas almas —y confirmó en tantas otras— la decisión firme de no negar nada a la voluntad divina. Toda su enseñanza transpiraba el gaudium cum pace, la alegría y la paz que inundaban su alma enamorada. Una alegría, ahora ya plena, cara a cara con Dios Uno y Trino, exenta de los rigores que también le acompañaron a lo largo de su vida en la tierra.

En estos últimos quince años, como Gran Canciller, tuvo que acudir en varias ocasiones a la Universidad de Navarra por razones académicas. Sin embargo, las solemnidades del protocolo no desdibujaron nunca su fundamental condición paternal. No se

me olvidan los aplausos de los estudiantes cuando el cortejo académico, presidido por él, atravesaba las estancias del edificio central de la Universidad camino del aula magna; y su gesto amable, cuando mostrándose siempre por encima de un protocolo que no podía cercenar la abundancia del afecto, se acercaba a uno u otro lado al descubrir rostros de profesores y empleados de la Universidad que había conocido en anteriores visitas, socios de la Obra, familiares de éstos.

En las colaboraciones que hoy presenta NUESTRO TIEMPO, y que preludian otras que habrán de seguir, se ofrece una semblanza de Monseñor Escrivá de Balaguer, y se realiza una reflexión sobre sus principales aportaciones al patrimonio espiritual de la Iglesia.

Sirva, para terminar esta introducción, y para formalizar el compromiso de volver más adelante con otros trabajos, la consideración de que el Gran Canciller de la Universidad de Navarra, el Padre, vive: *vita mutatur, non tollitur*, la vida se muda, no se pierde, reza la liturgia de difuntos. Y él había escrito, muchos años atrás: «A los 'otros' la muerte les para y sobrecoge.—A nosotros, la muerte —la Vida— nos anima y nos impulsa.—Para ellos es el fin: para nosotros, el principio» (Camino, 738). Su personalidad se yergue, en el horizonte de la historia, como el artífice fidelísimo de la senda que Dios quiso esculpir a través de su ejemplo y de su palabra.

ESTEBAN LÓPEZ-ESCOBAR